EL BORRICO

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
WALFORGO DE RIJEVO LEON

toto were montenary, mente

30513

EL BORRICO

A Luis Le Poittevin.

Ni un soplo de aire movia la bruma espesa, dormida sobre el río. Parecía una nube de algodón deslustrado descansando en el agua. Las mismas márgenes quedaban ocultas por aquella niebla. Pero apuntaba el día y la colina empezaba á ser visible. A sus pies, á las nacientes claridades de la aurora, aparecían poco á poco las grandes manchas blancas de las casas enyesadas. Los gallos cantaban en los gallineros.

A lo lêjos, al otro lado del río, envuelto en la niebla, en frente de la Frette, un ligero ruido turbaba de cuando en cuando el alto silencio. Tan

pronto se oía leve chapoteo como el que produce el avance prudente de una barca, tan pronto un golpe seco, ó un choque de remo en la orilla, ó la caída de un cuerpo blando en el agua. Después, nada.

Y á veces palabras bajas que venían de un punto ignorado, quizá de muy lejos, quizá de muy cerca, errantes entre la bruma opaca, que sonaban desde tierra ó desde el agua, se deslizaban tímidas, pasaban como esas aves silvestres que duermen entre los juncos y parten á la primera chispa de luz, para huir, para huir siempre y que se ven un segundo he idiendo la niebla lanzando un grito quejumbroso, que despierta á sus hermanas á lo largo de las orillas.

De pronto, junto á una de éstas, cerca del pueblo, aparece una sombra sobre el agua. Apenas indicada al principio, crece, se precisa, y saliendo del velo nebuloso que oculta el río, una almadía tripulada por dos hombres choca contra la hierba.

El que remaba se levanta y coge del centro de la embarcación un cubo lleno de pescado, y se echa al hombro la red que aun está empapada en agua. Su compañero, que no se había movido, exclamó:

—Dame el fusil. Probaremos si es posible despenar algún conejo ¿verdad, Mailloche? Este contestó:

-Bien. Espérame un momento. Ya vuelvo.

Y se alejó para poner á buen recaudo la pesca.

El que permanecía en la barca cargó lentamente la pipa y la encendió.

Se llamaba Labouisse, por mal nombre Chicot, y estaba asociado á su amigo Maillochón, vulgarmente llamado Mailloche, para ejercer la profesión un tanto penosa y aburrida de merodeadores.

Marineros torpes, sólo navegaban cuando apretaba el hambre. El resto del tiempo merodeaban. Rondando día y noche por el río, acechando toda presa muerta ó viva, Labouisse y Mailloche lo pasaban tan ricamente. A veces acechaban los corzos del bosque de Saint Germain, á veces buscaban los cadáveres de los ahogados que pasan entre dos aguas para aligerar los bolsillos de sus trajes, á veces recogían las botellas que van con el cuello al aire, bamboleándose como un borracho, y ejercían de cazadores nocturnos, de contrabandistas de río.

A veces al mediodía marchaban á pie orilla abajo, sin objeto. Comían en algún mesón y continuaban andando. Estaban ausentes un día ó dos; y luego una mañana se les volvía á ver paseando en el leño asqueroso que les servía de barca. A lo lejos, en Joinville ó en Nogent, unos marineros desconsolados buscaban su barca que había desaparecido, robada sin duda, mientras á veinte ó á treinta leguas de allí, junto al Oise, un propietario se frotaba las manos de satisfacción, contemplando la canoa que el día anterior comprara de lance, por cincuenta francos, á dos hombres que se la habían ofrecido espontáneamente.

Maillochón reapareció empuñando el fusil, que llevaba envuelto en un pingajo. Era un hombre de cuarenta ó cincuenta años, alto, flaco, con esa mirada viva que tienen las gentes roídas por legítimas inquietudes y los animales acorralados á menudo. La camisa abierta mostraba el pecho cubierto de un vello gris. Pero parecía no haber tenido jamás otra barba que el cepillo de pelo que formaba su bigote y unos pelos bajo el labio inferior. Tenía calvas las sienes.

Cuando se quitaba su casquete grasiento, la piel del cráneo parecía cubierta de una especie de pelusa vaporosa, de una sombra de cabellos, como el cuerpo de un pollo que se va á soflamar.

Chicot, por lo contrario, colorado y granujiento, grueso, bajo, velludo, parecía un becfteack crudo bajo una granadera de zapador. Siempre tenía ce-

rrado el ojo izquierdo como si apuntara á algo ó á alguien, y cuando le daban vaya por ello, contestaba: «Pierde cuidado, hermana, sé abrirlo cuando conviene.» Tenía la costumbre de llamar «hermana» á todo el mundo, hasta á su compañero de rapiña.

Tomó á su vez los remos y la barquilla se hundió de nuevo en la bruma inmóvil, que tomaba un color blanco lechoso bajo el cielo iluminado por rosada claridad.

Labouisse preguntó:

-¿Qué perdigones has tomado?

Maillochón contestó:

—De los pequeños, del nueve, los que sirven para los conejos.

Se acercaban tan lentamente á la otra orilla que ni el más leve ruido les delataba.

Aquella orilla pertenece al bosque de Saint-Germain, y sirve de límite al espacio destinado á los conejos. Está acribillada de gazaperas ocultas bajo las raíces de los árboles; y los animalitos, desde la aurora, saltan y corren por allí, van, vienen, entran y salen.

Maillochón, de pie en la proa, acechaba, con el fusil oculto. De pronto lo empuñó, apuntó, y el

UNIVERSITATION DE MOSTO LEON BIS, MISSEN MONTANIANIA TENSIMONICAREY, MEXICO ruido del disparo repercutió largo rato por la campiña.

Labouise, en dos golpes de remo tocó la orilla, saltó en tierra y recogió un conejo gris aun palpitante.

Luego la almadía hendió otra vez la bruma para ganar la otra orilla y ponerse al abrigo de los guardas.

Los dos hombres parecían pasearse pacificamente por la líquida superficie. El arma había desaparecido bajo la tabla que le servía de escondrijo, y el conejo en la holgada camisa de Chicot.

Al cabo de un cuarto de hora, Labouise preguntó:

-¿Matamos otro, hermana?

Maillochón contestó:

-Bueno; andando.

Y la barca bajó la corriente. La bruma que cubría el río empezaba á levantarse. Se veían, como á través de un velo, los árboles de las orillas, y la niebla desgarrada marchaba río abajo.

Cuando llegaron junto á la isla cuya punta está frente de Herblay, los dos hombres contuvieron la marcha de la almadía y acecharon. Así cobraron otro conejo.

Luego bajaron hasta la mitad del camino de Conflans, se detuvieron, amarraron la barquilla á un árbol y se durmieron.

Labouise se incorporaba de cuando en cuando y recorría el horizonte de una ojeada. Los último vapores de la mañana se habían disipado, y el sol de verano fulguraba deslumbrador en el centro de la inmensa bóveda.

A lo lejos, al otro lado del río, las colinas plantadas de viñedo formaban un semicírculo. Una sola casa se veía en la cumbre. Reinaba un silencio profundo.

Por el sendero que sirve para los hombres y caballerías que tiran de las barcazas, algo se movía, adelantando despacio. Era una mujer que tiraba del ronzal á un borrico. El animal, lleno de mataduras, con las piernas envaradas, daba un paso cuando ya no podía resistir á los esfuerzos de su conductora, y andaba tan despacio, con las orejas gachas y el cuello estirado, que no podía preverse cuándo se perdería de vista.

La mujer tiraba, encorvada, volviéndose de cuando en cuando para pegar al borrico con una rama.

Labouise, al verla, exclamó:

-¡Eh! ¡Mailloche!

El abandonado-4

-¿Qué hay?-preguntó su compañero.

- Quieres divertirte un rato?

-¡Ya lo creo!

-Pues despabilate; vamos á reirnos.

Y Chicot cogió los remos.

Después de atravesar el río, exclamó al estar frente al grupo:

-¡Eh, hermanai

La mujer cesó de tirar del burro y se detuvo. Labouise añadió:

-¿Vas á la feria de las locomotoras?

No obtuvo respuesta.

-lOye! Me parece que debe haber ganado muchas carreras tu burro. ¿Dónde vas tan velozmente?

La aldeana contestó al fin:

-Voy á llevarlo á Macquart en Champioux, para que lo maten. Ya no sirve para nada.

Labouise contestó:

-Ya se ve. ¿Cuánto te dará Macquart?

no, dudó:

-No sé; quizá tres francos, quizá cuatro.

Chicot gritó:

-Te doy cinco francos y te evito de paso una caminata. ¿Te conviene?

La aldeana, después de reflexionar un rato, contestó:

-Bueno.

Los merodeadores abordaron.

Labouise cogió el ronzal del borrico. Maillochón, sorprendido, preguntó:

-¿Para qué quieres esa piel?

Chicot abrió los dos ojos para expresar su alegría. Toda su cara gesticulaba de entusiasmo, y dijo:

-Pierde cuidado, hermana, sé lo que me hago.

Dió un duro á la aldeana, que se sentó para ver en qué paraba aquéllo.

Entonces Labouise fué en busca de la escopeta y dijo, presentándolo á Maillochón:

-Un tiro cada uno, vieja mía; vamos á matar caza mayor, hermana. ¡Eh! De más lejos, hombre; no hay que matar en seguida; es preciso prolongar la diversión.

Y colocó á su compañero á cuarenta pasos de la La aldeana, que se limpiaba el sudor con la ma- víctima. El borrico, al sentirse libre, trataba de pacer la hierba de la orilla; pero estaba tan extenuado que vacilaba como si fuera á caer.

Maillochón apuntó lentamente y dijo:

-Una perdigonada á las orejas; atención, Chicot.

Y disparó.

La mostacilla acribilló las largas orejas del animal, que se puso á moverlas una tras otra y las dos á un tiempo luego, para hacer desaparecer aquel picor.

Ambos amigos reían á mandíbula batiente; apretándose los ijares, pateando. La aldeana se lanzó hacia ellos, indignada, ofreciendo devolver los cinco francos; no quería que martirizaran al borrico.

Labouise la amenazó con darle una paliza é hizo ademán de arremangarse. ¿No había pagado? Pues, chitón. Le iba á tirar una perdigonada á las sayas para probarle que no dolía.

Se fué, amenazándoles dar parte á los gendarmes. Durante buen rato la oyeron vomitar injurias, más violentas cuanto más se alejaba.

Maillochón alargó la escopeta á su compañero:

-A ti ahora, Chicot.

Labouise apuntó y disparó. El borrico recibió la carga en las ancas, pero los perdigones eran tan pequeños y tirados desde tan lejos que creyó sin duda que le picaban los tábanos. Movió la cola con fuerza y rapidez.

Labouise se sentó para reirse más á gusto mientras Maillochón cargaba el arma, tan alegre que parecía estornudar en el cañón. Se acercó, y apuntando al mismo sitio que su camarada, disparó de nuevo. El animal tuvo un sobresalto, trató de cocear, volvió la cabeza. Corría ya alguna sangre. Las heridas debían de ser dolorosas, porque huyó á lo largo de la orilla, con galope lento y desigual.

Lanzáronse en su seguimiento; Maillochóná grandes zancadas y Labouise á pasitos cortos, al trote.

Pero el burro, sin fuerzas, se había detenido y miraba con pavor como se acercaban sus asesinos. De pronto alargó la cabeza y se puso á rebuznar.

Labouise, jadeante, había cogido la escopeta y se le acercó, porque no tenía ganas de dar otra carrera.

Cuando el asno hubo acabado su queja lamentable, que era como un grito de socorro, de impotencia, el merodeador exclamó:

—Tráelo, Mailloche, hermana, acércate que voy á hacerle tomar medicina.

Y mientras su compañero abría á la fuerza la boca del animal, Chicot le introdujo hasta la garganta el cañón de la escopeta como si quisiera hacerle tomar una medicina, y luego dijo:

-Atención, hermana, ahí va la purga.

Y apretó el gatillo. El borrico retrocedió tres

pasos, cayó sobre la grupa, trató de levantarse, y por fin cayó de lado cerrando los ojos. Su viejo cuerpo pelado palpitaba; y se agitaban sus piernas como si intentara correr. Un chorro de sangre se escapaba de su boca. Pronto quedó inmóvil. Había muerto.

Los dos hombres no relan; aquello duró poco; considerábanse robados.

Maillochón preguntó:

-¿Y qué hacemos ahora?

Labouise replicó:

—Pierde cuidado, hermana; embarquémoslo y nos reiremos en cuanto llegue la noche.

Fueron á buscar la barca y el asno quedó tendido en ella, recubierto con hierbas frescas, y los dos merodeadores, acostándose encima se durmieron.

Al mediodía Labouise sacó de los escondrijos de la vieja barca una botella de vino, pan, manteca y cebolla, y comieron.

Al terminar se tendieron otra vez sobre el asno muerto y vuelta á dormir. Al anochecer Labouise se despertó y sacudiendo á su compañero, que roncaba como un órgano, mandó:

-Ea, en marcha, hermana.

Maillochón remó. Remontaban despacio el Sena,

pues no tenían prisa. Pasaban á lo largo de las orillas cubiertas de lirios de agua floridos, perfumadas por las flores de majucto que inclinaban hacia la corriente sus blancos broches; y la pesada barca, de color de barro, se deslizaba sobre las hojas planas de los nenúfares, de los que encorvaba las flores pálidas, redondas y hendidas como cascabeles, que volvían á erguirse.

Cuando llegaron à la pared del Eperón que separa el bosque de Saint-Germain del parque de Maisons-Laffitte, Labouise explicó su proyecto á su camarada, el cual se echó á reir silenciosamente.

Echaron al agua las hierbas que cubrían el cuerpo del asno, cogieron á éste por los pies, lo desembarcaron y lo ocultaron después entre unos matorrales.

Luego subieron de nuevo á la barca y llegaron á Maisons-Laffitte.

Era de noche cuando llegaron à la taberna del tío Juño. Apenas les vió se acercó à ellos, les estrechó la mano, y, sentándose à su mesa, hablaron de diversas cosas.

A las once, cuando hubo salido el último parroquiano, el tío Julio, guiñando el ojo, dijo á Labouise: -¿Qué traes?

Labouise movió la cabeza y dijo:

-Traigo y no traigo.

El tabernero insistía:

-¿Traes algunos grises?

Entonces Chicot, hundiendo la mano en la camisa, sacó las orejas de un conejo y declaró:

-Valen tres francos el par.

Empezó entonces un largo regateo, que terminó ajustando la caza en dos sesenta y cinco. Y el tabernero se quedó con los conejos.

Cuando los merodeadores se levantaban, el tío Julio exclamó:

-Ya veo que tenéis algo más, pero que no queréis decirlo.

Labouise replicó:

-Es posible; pero no para ti, eres demasiado miserable.

El tabernero, puesto en ganas, le acosaba.

-Bueno; dime de qué se trata; ya nos entenderemos.

Labouise, que parecía perplejo, pareció consultar á Maillochón con una ojeada, y dijo al cabo con pausa:

-He ahí el asunto. Estábamos en acecho en el

Eperon cuando pasó una pieza junto al primer matorral acabada la cerca. Maillochón dispara y la pieza cae. No sé qué pieza era porque huimos por temor á los guardias; pero en cuanto á grande, cree que lo es. No puedo decirte de que caza se trata, hermana, porque te engañaría.

El tabernero, palpitante, exclamó:

-¿Quizá fuera un corzo?

Labouise respondió:

-Quizá sí; quizá es otra pieza. Sí, quizá es un corzo... Aunque me parece mayor, como una cierva... En fin; no sé, puede ser que sea una cierva...

El tabernero insistía:

-¿No sería un ciervo?

Labouise extendió el brazo:

-No, lo que es un ciervo no; no me engaño, no es un ciervo. Lo hubiera conocido en los cuernos. No, no es un ciervo.

-¿Por qué no lo cogisteis?

-Porque, hermana, porque vendémos ahora de otro modo. Ya tenemos comprador. ¿Comprendes? Vais á pasear por allí, se ve la pieza y se apodera uno de ella, sin riesgo alguno para nosotros. Eso es.

El tabernero, escamado, dijo: BIRT HOTERS LINEAR TERM 307 F 100 "Ke163" HOW YOU'D MONTERREY, MEXICO

-¿Y si ya no estuviese alli?

Labouise extendió de nuevo el brazo:

-En cuanto á estar te prometo que está. En el primer materral á la izquierda. Pero no sé lo que es. Sólo sé que no es un ciervo. A ti te toca saber de qué se trata. Vale veinte francos, si te conviene.

El tendero dudaba aún:

-¿No podrías tráermelo?

Maillochón tomó la palabra:

-Entonces es otra cosa. Si es un corzo cincuenta francos, si una cierva setenta; eso te costará.

El tabernero se decidió:

-Bueno, vaya por veinte francos; trato hecho.

Después de darse un apretón de manos sacó veinte francos del cajón, que desaparecieron en los bolsillos de los dos amigos.

Labouise se levantó, vació el vaso y salió. En el momento de alejarse, se volvió y dijo:

-No es un ciervo, pero algo es. Te devolveré el dinero si no encuentras nada.

Y desapareció entre las tinieblas.

Maillochón, que le seguía, le daba fuertes puñetazos en la espalda para atestiguar su contento. IDILIO